

Autobiografías paralelas

Noel René Cisneros



Mapa babilonio del mundo, 510-500 a. C.,
colección del Museo Británico. (Fotografía: Fine Art
Images / Heritage Images / Getty Images)

Beroso el caldeo

NACÍ EN BABILONIA, EN TIEMPOS DE ARTAJERJES III, desde entonces fui criado en el culto de Marduk, para seguir los pasos en el templo de mi padre. Babilonia, la cubierta de lapislázuli, vivía ya entonces de sus glorias idas. Porque un día fue la ciudad, un día señoreó sobre todas las tierras como le corresponde al lugar erigido por los dioses mismos.

Vi en mi juventud los ejércitos macedonios cruzar las llanuras de mi Mesopotamia, los vi irse al este ansiosos de victorias, como los jóvenes que eran, éramos. Los vi volver cansados y envejecidos; la batalla cambia a cualquiera. Vi a ese muchacho que hacía de la voluntad de miles una sola, la suya; estuve en el templo cuando él fue ungido. Participé, en mi calidad de sacerdote, en las ceremonias fúnebres cuando ese dios dejó este mundo.

Desde entonces he visto los signos del declive. Más allá de las guerras de sucesión hay otras señales que sólo los dioses nos muestran, que sólo los iniciados podemos discernir. Por eso comencé a escribir la *Historia de Babilonia*, algo tan opuesto a la labor del sacerdote, quien, antes que nada, ha de devolver este tiempo profano, continuo, al único tiempo, el tiempo verdadero, inamovible.

He consultado tablillas, he indagado en viejos archivos, en antiguas bibliotecas, toda la historia de esta ciudad y del mundo. Desde que perdimos el favor de los dioses y nos abandonaron en este tiempo, luego del Diluvio. Pero mientras buscaba, mientras iba en pos del conocimiento del pasado he visto que el tiempo, abandonado de la mano de los dioses, es como una piedra de moler en la que los pueblos y sus lenguas y ciudades enteras perecen.

Temo que el día de mañana las arenas del desierto reclamen cada ladrillo en que está levantada Babilonia, desde las chozas hasta el palacio cubierto de oro y plata. Porque hubo un día en que Nínive señoreó sobre los dos ríos y tan al oriente que sus ejércitos domeñaron a los elamitas y tan al poniente que los cascos de sus caballos se mojaban en las aguas del Nilo. Y qué es de esa ciudad ahora, qué fue de sus señores. Qué fue de Acad. Qué fue de esos hombres que reclamaron el mando y la rodilla doblada. Hoy, si acaso, son apenas la mención en una tablilla, sus nombres quedaron grabados en la arcilla, pero su imperio se ha desvanecido.

Quizá el día de mañana ese sea el destino de Babilonia, los dioses no lo permitan, quizá no sobreviva de ella más que las menciones en algunos escritos. Al menos, espero que esa obra que estoy escribiendo mantenga el nombre de la ciudad y de sus antiguos reyes: de Nabucodonosor, Senaquerib, Sargón II, antes que todo se desvanezca.

Comando aún a los sacerdotes y aún puedo mantener la bendición de los dioses sobre Babilonia, pero no sé por cuánto tiempo. En cada ceremonia trato que nuestro tiempo profano vuelva a ser el tiempo verdadero, el primer tiempo, el único tiempo, el de los dioses. Pero ignoró si en el siguiente rito conseguiré esa comunión, si los dioses seguirán escuchándome y las arenas del desierto en ese instante acaben con la ciudad.

Zósimo el historiador

Obligado a persignarme, a prosternarme ante los crucifijos y a ocultar mi devoción por los dioses verdaderos, las moiras me llevaron a redactar en secreto mi *Nueva Historia*, que no se publicará hasta después de mi muerte.

Toda mi vida ha transcurrido dentro de la Nueva Roma —los cristianos se empeñan en llamarla ciudad de Constantino; ese cobarde arrepentido—. Sé de la inmensidad del imperio por todos los documentos que han pasado por mis manos, por los pleitos que he llevado. Porque mi labor ha sido la de resguardar los bienes del estado. Cualquiera que haya alcanzado tan importante función aprende, aunque jamás saliera del salón donde revisa los pergaminos y los folios que llegan a sus manos, que nunca antes ha habido algo como nuestro imperio, ni siquiera el de Alejandro.

Mi vida se ha ido en resolver pleitos a favor del estado, a procurar el mejor bien para la república, aunque ello ha significado el enojo de uno o la caída en desgracia de otro. Nunca me preocupó incomodar o retirar privilegios que unos cuantos adquirían a costa del estado. Pero hubo unos contra quienes ni siquiera un comes puede: los señores de la iglesia.

Eso lo supe en mi infancia, cien años después del glorioso reinado de Juliano —malhaya para esos cristianos que cegaron su vida—, como todos los infantes de esa edad, me perdía en las tardes, luego de las lecciones de gramática, deambulando por las callejas de la ciudad. Un hombre era increpado y empujado por una multitud, lo tiraron al suelo. El hombre dejó de proteger su rostro cuando el montón de pergaminos que estaba a su lado fue encendido, las lágrimas comenzaron a correrle al tiempo que el fuego consumía los escritos. Intentó lanzarse sobre la hoguera pero lo detuvieron. Un sacerdote se acercó a él y le dijo: Mejor que sean tus paganos libros y no tú.

No fui criado como cristiano, aunque la mayoría de los abogados compañeros de mi padre lo eran. Pero, cuando estuve en edad de comenzar a ejercer, él me advirtió: Finge que sigues su fe, guárdate de burlarte de sus ridículas creencias. Ingresé al servicio civil, comencé mi carrera que me llevó hasta convertirme en uno de los miembros de la corte del emperador, pero al coste de besar el anillo del patriarca.

A despecho de los cristianos comencé a escribir mi historia, donde señalo que es su fe, sus corrompidas creencias lo que nos está llevando a la decadencia, lo que acabará con el imperio. Malditos, no podré publicarla mientras viva a riesgo de que ellos me ayuden a morir y la vocación de martirio se las dejó a ellos, que dicen disfrutarla tanto.

Auguran el fin inminente del mundo, mientras se hacen del poder y seducen a los emperadores. Y lo que han conseguido es la decadencia, que su falso dios crucificado nos arrastre al paroxismo. Roma ya fue saqueada por Alarico, ¿qué más nos aguarda por su culpa? 